

LA APORTACIÓN TEOLÓGICA DE MARCOS

Die theologische Leistung des Markus, Evangelische Theologie, 24 (1964) 337-355

EL EVANGELIO DE MARCOS

Encuadre histórico

Treinta años después de la muerte de Jesús el evangelio se había extendido por la mayoría de los países que rodean el Mediterráneo. A un primer período de entusiasmo siguió otro de consolidación teológica. Mientras que la piedad de las comunidades helenísticas ponía el acento en la glorificación de Jesús como Señor (y a ello unían las afirmaciones sobre su preexistencia y encarnación), Pablo veía el centro de su evangelio en la crucifixión y resurrección de Jesús. Allí descansaba el fundamento de la liberación de la ley, del pecado y de la muerte. Pero al mismo tiempo dejaba asentado que la plenitud (es decir, el triunfo visible sobre el pecado y la muerte) había que esperarla en la Parusía. Diez años más tarde, cuando Marcos escribe su evangelio, se acentúa de nuevo la disputa en torno a la liberación de la ley.

El hundimiento de un cristianismo estrecho, de base judaica, era ya una cosa hecha. El evangelio se proclamaba al mundo (y así nos lo muestran las cartas a los colosenses y efesios, el himno de 1 Tim 3, 16 y la doxología final de la carta a los romanos) como la revelación del fin escatológico, del misterio de Dios escondido desde la eternidad. Frente a las afirmaciones demasiado entusiastas de un cosmocrátor que había vencido los poderes del mundo, la comunidad cristiana era llamada a mantener una discreta sobriedad en medio de los hombres y empujada a la misión en la cual el Resucitado debía manifestar su señorío sobre el mundo. Los entusiastas pensaban que ya no habría más muerte, que el cristiano divinizado ya no necesitaba ninguna resurrección, que todo quehacer terrestre era cosa accidental. Pablo, en cambio, llamaba a las comunidades a la tarea de dar testimonio en el mundo y, en caso de necesidad, a sufrir y a morir por este testimonio. Pablo veía el señorío de Jesús en el sufrir y morir de los enviados. Solamente aquel a quien fueran dados los ojos de la fe podría ver que la gloria del Señor se manifestaba triunfadora en esta muerte.

Pero entonces surgía la pregunta de qué tenía que ver todo esto con Jesús de Nazaret. Para las nuevas comunidades de fuera de Palestina era algo muy lejano. Muy pocos conocían aquel rincón del Imperio en el que se había jugado su suerte. Amenazaba el peligro de que la persona de Jesús se diluyese en un símbolo o en una cifra que tan sólo significase la superación de una observancia idolátrica de la ley, la victoria sobre la muerte o el triunfo sobre los demonios. En ese caso, ¿por qué no servirse igualmente de Attis o Hermes? Se perfilaba una teología kerigmática desenraizada de la historia y que, por lo mismo, podía depender tanto de Jesús como de Hermes. Se cernía el peligro de la gnosis.

La obra de Marcos

En esta situación escribe Marcos su evangelio. Lo más notable es el hecho mismo de escribirlo. Existían colecciones de sentencias de filósofos del helenismo unidas a algunos datos biográficos sobre los mismos. Pero en Marcos ocurre lo contrario: la

historia de Jesús se ve interrumpida tan sólo ocasionalmente por sus sentencias. Esto tampoco tenía precedentes cristianos. Es verdad que existían confesiones de fe y bastantes himnos que indudablemente tenían su centro en la vida de Jesús. Pero incluían tan solo el marco fundamental de su vida: preexistencia y encarnación, resurrección y glorificación. Corrían también algunas historias de milagros que se habían ido reuniendo aquí y allá en pequeñas colecciones, y un esbozo de la pasión bastante fragmentario, tal como podemos suponerlo a partir del himno litúrgico de 1 Cor 11, 23. Pero fundamentalmente la mayoría de las colecciones se referían a las sentencias de Jesús. Probablemente había también alguna colección de sermones polémicos y un pequeño esbozo de apocalipsis que comprendía una serie de datos: revolución, guerra universal, hambre, peste, persecución, terremotos, hundimiento cósmico.

Frente a esto resulta sorprendente que Marcos se dedicase a narrar lo que Jesús hizo y lo que los hombres conocieron de Dios a través de Él. El conjunto de su evangelio contiene una serie de acontecimientos en los que se revela la relación de Dios con Jesús y la de Éste con los hombres. Todavía sorprende más la extensión que adquiere la historia de la pasión, en la cual se prescinde de todos los datos que puedan darle un brillo de gloria. Solamente podemos encontrar un precedente de este enfoque en el Antiguo Testamento, Éste era ante todo la historia de lo que Israel había experimentado y vivido acerca de Dios. Por ejemplo, en las figuras de Moisés o Jonás lo importante no es lo que éstos decían sino lo que vivieron. De la misma forma Marcos no nos quiere ofrecer las palabras y los hechos de Jesús sino el evangelio de Jesucristo, el Hijo de Dios, que lleva a su plenitud la historia de Israel tal como los profetas la anunciaron. En esto radica el trabajo teológico propio de Marcos.

La terminología de la redacción de Marcos

La dificultad metodológica con que tropieza nuestro análisis consiste en la separación que hay que hacer entre el material de la tradición y la interpretación teológica propia de Marcos. Mientras que en Mateo y Lucas nos es conocido el material empleado, en Marcos hay que hacer un estudio crítico para discernirlo. A pesar de ello, opino que hay un camino accesible, apenas usado hasta hoy. Es posible separar una serie de palabras que solamente aparecen en aquellos lugares en los que Marcos ha hecho un trabajo redaccional propio, como por ejemplo en las uniones o conexiones entre perícopas o en los resúmenes o sumarios. Analicemos, pues, estos vocablos.

Marcos usa con frecuencia la expresión "predicar el kerigma". El contenido de este anuncio lo perfila con dos expresiones tomadas de la tradición. Es una llamada a la "conversión" (*metánoia*) y una "buena nueva" (*euaggélion*). Pero lo significativo es que estos vocablos los asigna por igual al Bautista, a Jesús, a los doce y a la Iglesia. Con ello nos muestra lo arraigado que está en la tradición teológica de las comunidades paulinas. Pues Pablo había visto la significación universal del evangelio en el hecho de que se imponía o abría paso en el mundo a través de la misión de la Iglesia. Por esto expresiones como "evangelio", "cosmos" y "pueblos" aparecen en sus cartas conectadas unas con otras (Rom 1, 8 s, 15 s; 10, 16-18; 15, 16-20). La salvación esperada para el fin de los tiempos consiste en que el evangelio ha sobrepasado las fronteras de Palestina y del judaísmo gracias a la predicación de la Iglesia, habiendo escuchado de esta forma todos los pueblos el anuncio. El esquema redaccional de Marcos nos confirma en lo que significa para él la unión de los términos "anunciar", "conversión" y "evangelio".

Una intención diferente aparece en los términos, igualmente característicos de Marcos, "enseñar" (*didáskein*) y "enseñanza" (*didachè*): La reacción que produce dicha enseñanza se expresa como un "salir fuera de sí" (*exoplèssonto*) y "admirarse" (*thambeisthai*): por ejemplo, 6, 2; 10, 24.32. Pero lo curioso es que el contenido de dicha enseñanza la mayoría de las veces se pasa por alto o solamente se ilustra muy sobriamente con algún ejemplo. Lo que le importa a Marcos poner de relieve es que la enseñanza acontece con poder (1, 22.27). Esto queda subrayado en el paralelismo entre las obras de Jesús y la admiración que produce su enseñanza (6, 2; 11, 18). Mateo tiene una visión distinta. Por ello retrasa la frase de Marcos en 1, 22 ("se maravillaban de su doctrina pues enseñaba como quien tiene autoridad y no como los escribas") hasta el final del sermón del monte. Es decir, funda el poder de Jesús en el contenido mismo de su enseñanza (Mt 7, 28). Para Marcos, por el contrario, lo decisivo no es el contenido, lo transmisible o repetible. No le interesa un Jesús histórico eventualmente reconstruible. No anuncia al "Maestro". Lo que se anuncia no puede fundamentarlo el historiador. Marcos proclama lo que solamente la fe puede entender: que en la enseñanza de Jesús Dios mismo ha irrumpido en el mundo.

Lo que acabamos de decir se ve confirmado por un tercer grupo de términos, propios también de la redacción de Marcos: "parábola" (*parabolè*), "aparte" (*kat'îdían*: 4, 34), "no entender" (*ou synienai*), "tener el corazón cerrado" (*kardía pepòròmèné*: 8, 17), "disputar" (*syzetein*: 12, 28) y "mandar con vehemencia" (*diastéllesthai*: 9, 9). Todos ellos describen la cerrazón, el "no entender" del mundo al cual Jesús opone su forma de hablar en parábolas y su enseñanza en un círculo reducido. El empeño de Jesús de enseñar en parábolas no es, para Marcos, algo más o menos accidental, ni una ayuda pedagógica. La pura y simple comunicación de unos hechos puede recibirse sin compromiso y ser transmitida con igual facilidad. La imagen, en cambio, plantea una exigencia al oyente pues sólo puede ser entendida por aquel que se abre personalmente al que habla. El lenguaje metafórico del amor nos muestra un ejemplo de ello. La imagen oculta lo dicho a aquel que no abre su cegado corazón en el encuentro con quien le habla. Para Marcos todo hablar de Dios debe ser en imagen y por lo mismo un hablar que compromete al que escucha. Esto señala el límite de toda desmitologización.

Después de haber apuntado los tres temas principales que aparecen en Marcos -a saber, el anuncio al mundo, la enseñanza de Jesús con poder y su forma de hablar en parábolas-, debemos ahora estudiarlos en la estructura de su evangelio.

ANÁLISIS DE LA REDACCION DE MARCOS

Prólogo y primera parte (1,1 - 3,6): el poder de Jesús sobre los demonios, el pecado y la ley, y la ceguera de los fariseos

Ya desde el comienzo, el epígrafe de Marcos (1, 1), con el término típicamente suyo de "evangelio", nos pone de manifiesto qué es aquello de lo que va a tratarse. En 1, 9-13 aparece Jesús por vez primera y en la descripción de la escena se nos indica cómo hay que contemplarlo. Solamente ocupan la escena Dios, el Hijo, el Espíritu, Satanás y los ángeles. El centro lo constituye la filiación divina de Jesús. Con ello se quiere poner en claro desde el principio que en el evangelio no se va a tratar del Jesús "histórico" sino acerca de Aquel en quien el mundo de Dios irrumpe en el mundo de los hombres. Ciertamente se trata de alguien histórico pero lo esencial en él es aquello que sólo puede

predicarse y no puede comprobarse, fundarse o transmitirse históricamente puesto que no es accesible a testigos oculares.

La primera parte comienza con un sumario (1, 14 s) y con el llamamiento de los discípulos (1, 16-20). El sumario muestra -con las palabras "anunciar", "evangelio" y "conversión"- cómo Jesús entra en el tiempo salvífico del kerigma y continúa la obra del Bautista. El llamamiento de los discípulos hace aparecer por primera vez el concepto de "seguimiento". Jesús "ve" a Simón y Andrés. Este ver selectivo de Jesús se repite una y otra vez en la narración (1, 16.19; 2, 14; 10, 21; compárese con 5, 32; 10, 23.27). En él se realiza la llamada de Dios a los hombres, llamada que no está ligada a ninguna condición previa. Los llamados no son ni siquiera oyentes de la predicación de Jesús. La vocación acontece en medio de la cotidianidad. Pues el hecho de que unos hombres sigan a Jesús sucede porque su llamada es más fuerte que ellos mismos y que sus intereses.

Mc 1, 21-45 contiene un material que sirve para describirnos la enseñanza y las curaciones de Jesús realizadas con poder. Desde el comienzo aparecen paralelamente enseñanza y milagros. Los hechos de Jesús no se entienden como expresión de su misericordia o de su amor. Nos muestran la ira salvadora de Dios que irrumpe en Jesús frente al poder del contradictor (1, 41.43; 3, 5). A través de estos hechos comprendemos el poder de Aquel que como triunfador desdemoniza el mundo (1, 24; y más adelante: 5, 7-9 y 15). Estos actos de poder, descritos en la forma de las representaciones helenísticas sobre el "hombre divino" (*théios anèr*), no hay que entenderlos como una fundamentación de la fe. Por el contrario, lo más sorprendente de ellos es que no conviene divulgarlos. El mandato de callar (1, 44) es una prohibición de transmitir el Jesús histórico. Ni las voces sobrenaturales (1, 34), ni las que conciernen a los milagros o narran sus maravillas (1, 37.45) sirven para nada. Solamente el testimonio del evangelista diciéndonos que aquí -en esta persona y en su proceder- Dios mismo sale al encuentro de los hombres, solamente ese testimonio no comprobable ni deducible puede decirnos lo que ocurre.

Una confirmación de lo dicho la tenemos en que para Marcos la enseñanza con poder es más importante que los milagros. Estos únicamente pueden apuntar la dimensión en que aquélla se realiza. Desde esta perspectiva no tiene inconveniente en incorporarlos. Pero una estadística de palabras nos mostraría fácilmente que el interés de Marcos descansa en la enseñanza con poder. En 1, 27 leemos, tras la expulsión de unos demonios: "¿Qué es esto? Una *doctrina* nueva y revestida de autoridad".

El segundo bloque del material de la tradición que Marcos incorpora a su redacción es una colección de disputas. Son introducidas con la frase "y les dirigió la palabra" (frase que volvemos a encontrar en otros momentos decisivos) y por una escena que narra el increíble éxito de Jesús (2, 1 ss). El pasaje quiere mostrar el triunfo de Jesús sobre el pecado y la ley. Marcos aparece aquí cercano a Pablo que interpreta igualmente el triunfo sobre los poderes sobrenaturales como una victoria sobre el pecado y la ley (Gál 4, 3.8-10). Desde el punto de vista de Marcos el evangelio alcanza aquí su punto culminante. Una prueba de ello es que la conclusión redaccional de todo este capítulo narra por primera vez la cerrazón de los fariseos y su determinación de matar a Jesús. La superación de la ley, realizada en el anuncio del evangelio, hace emerger en el horizonte la perspectiva de la cruz (3, 6). La ceguera del mundo ante la revelación de Dios se pone por primera vez de manifiesto en la ceguera de los fariseos.

Segunda parte (3, 7 - 6, 4): las parábolas de Jesús y la ceguera del mundo

Esta segunda parte comienza como la primera con un resumen que describe la actividad milagrosa de Jesús y su éxito y con el llamamiento de los doce (3, 7-19). En estas escenas se pone de manifiesto que también el mundo sobrenatural de los demonios conoce el misterio de la filiación divina de Jesús comunicado en el bautismo (3, 11).

Lo que sigue del capítulo tercero es un ejemplo magnífico de lo que constituye la redacción de Marcos. Los pasajes paralelos de Mt 12, 22-23 y Lc 11, 14-20 muestran que el v 23, en el que se mezclan la cerrazón ante Jesús con el comienzo de las parábolas, fue incorporado por Marcos a un conjunto anterior. Esto se ve confirmado por la expresión típica del evangelista "y los llamó junto a sí". Marcos rompe el comienzo original del pasaje sobre la expulsión de los demonios (cfr. Lc 11, 14 y Mt 12, 22) introduciendo el v 21 que habla de la ceguera de los suyos que le tienen por loco. Los escribas que vienen de Jerusalén, es decir, de lo que representa el centro del liderazgo judío, se encargan de explicar esta postura: es que "está poseído por Belzebú". Con ello se presenta un paralelismo entre las dos actividades, la de los cegados parientes de Jesús que vienen a decir "está loco" y la de los escribas que lo tienen por poseído del demonio. A esta doble manifestación de ceguera, en los vv 21 y 22, sigue la nota redaccional del v 23 en la que se afirma que Jesús había comenzado a hablar en parábolas. En el v 30 se relaciona el pecado imperdonable con la ceguera obstinada de los escribas (v 22), y en los vv 31-35 se contrasta la verdadera familia de Jesús, que oye su palabra y hace la voluntad de Dios, con la familia cegada del v 21. El hablar en parábolas es, pues, según Marcos, la respuesta a la ceguera del mundo que se extiende desde los parientes más cercanos hasta los jefes de Israel.

El capítulo cuarto presenta a Jesús hablando en parábolas dándole una significación particular: "todo sucedía en parábolas", "sin parábolas no les hablaba nunca" (4, 34). Todo lo que Jesús tiene que decir resulta un "misterio" (4, 11) incomprensible para los hombres. Solamente Dios puede abrir a los hombres el sentido de las parábolas: "a vosotros se os ha dado conocer el misterio". Sin este "don" de Dios no puede haber "conocimiento". Resuenan aquí las expresiones de Rom 16, 25; Col 1, 26 s; 2, 2; Ef 3, 3.9; 6, 16; 1 Tim 3, 16. Mateo y Lucas no lo entendieron de esta forma. Por ello convierten el singular "misterio", que se refiere al misterio de la revelación y a la palabra de la cruz, en el plural "misterios". Detrás de cada parábola se esconden misterios determinados que hay que descubrir con una interpretación alegórica. Ciertamente Marcos recoge también la tradición de la interpretación alegórica de algunas parábolas. Pero no cree que con esa interpretación particularizante se alcance su pleno significado. Para Marcos lo importante no es que cada parábola tenga un sentido. Si fuese así nos podríamos preguntar por qué Jesús no explicó a todos ese sentido y por qué en vez de hablar en parábolas no propuso sencillamente la interpretación de sus enigmas. Pero es que el interés de Marcos no se dirige directamente al Jesús histórico y a lo que él propuso sino al Jesús glorificado que hoy habla al creyente.

Lo mismo que en Rom 1, 18 ss en Jn 15, 22, en Mc 4, 12 se quiere poner de manifiesto que el acontecimiento de la revelación, el evangelio, viene a descubrir la ceguera de los hombres y a enfrentarlos con el juicio de Dios. Entonces comprendemos que sólo la gracia puede salvar al hombre de este juicio. Confirmando esta línea Marcos presenta la resurrección de la hija de Jairo en la que Jesús escoge tres discípulos a los que quiere hacer partícipes más íntimos de su misterio (5, 37 ss).

Lógicamente la segunda parte tenía que terminar con la cerrazón total de sus conciudadanos que se escandalizan de Él (6, 1-4). Ya no sólo son los fariseos los que le rechazan. La ceguera aumenta y se propaga.

Tercera parte (6, 5 - 8, 26): la esperanza para los paganos y la ceguera de los discípulos

Como en la primera y segunda partes, Marcos comienza aquí con un "sumario" que resume la actividad milagrosa y didáctica de Jesús (6, 5 SS). A esto sigue la misión de los doce (6, 7-13). Lo que viene a continuación es otro claro ejemplo de la redacción propia de Marcos. Este recoge las tradiciones sobre la multiplicación de los panes para mostrar la ceguera total del mundo y el milagro de la revelación divina.

Mc 6, 34 es típico. La frase sobre la misericordia de Jesús se refería originariamente al hambre de la multitud, como podemos ver en 8, 2. Marcos la relaciona con el hambre espiritual. Por eso añade: "comenzó a enseñarles muchas cosas". En la conclusión de los dos milagros se habla de la falta de comprensión de lo sucedido y de la cerrazón de corazón. Lo que se decía en 3, 5 de los fariseos se extiende aquí (6, 52) a los discípulos.

¿En qué consiste esa ceguera? La ceguera del mundo radica en que ni los fariseos y escribas, ni los discípulos (7, 17 s) entienden que Dios no busca la observancia cultural externa sino la disposición del corazón. La extensión del discurso sobre este tema - extensión poco frecuente en Marcos- nos muestra la importancia que da al problema. Ciertamente que Marcos no se lo plantea como un tema de controversia teológica, a la manera de Pablo. Para ello 7, 15 resultaría demasiado escueto. En ese aferrarse a la ley contempla la incomprensible ceguera de un mundo que se cierra a Dios. En estas circunstancias aparece por primera vez la figura de un pagano. En la siriofenicia queda plasmado en qué consiste la verdadera fe (7, 24-31). A esto sigue la curación del sordomudo. Por lo tanto la sirio-fenicia, como representación del mundo pagano, aparece entre el rechazo que hace Jesús del camino de la ley y el milagro que, en el abrir los oídos y boca del enfermo, se presenta como el cumplimiento de Is 35, 5.

La nueva variante de la multiplicación de los panes acentúa aún más intencionadamente la oposición. Marcos introduce un fragmento (8, 14-21) en el que la perdicción de "los de fuera" citada en 4, 12 ("tienen ojos y no ven, oídos y no oyen") se extiende aquí a los discípulos. Tampoco éstos entienden que Jesús se había referido a un manjar espiritual. Su corazón está cerrado (8, 17). Solamente un milagro podría abrirles los ojos. Eso es lo que quiere expresarse con la curación del ciego añadida a continuación. La primera parte había concluido con la ceguera de los fariseos, la segunda con la de los conciudadanos de Jesús. La tercera termina con la ceguera de los propios discípulos. La figura de la sirio-fenicia y la curación del sordomudo, como signo del cumplimiento de Is 35, hacen aparecer una luz en el horizonte. La afirmación de la total cerrazón del mundo no constituye la última palabra. El milagro del ciego apunta hacia adelante, a lo que ha de venir.

Cuarta parte (8, 27 - 10, 52): el acontecimiento de la revelación proclamado abiertamente

En este momento se sitúa la confesión de Pedro que constituye la clave del misterio de Jesús. Ciertamente que Pedro, con su ortodoxa manifestación cristológica, no alcanza la clara formulación de los demonios que ya en 3, 11 y 5, 7 habían proclamado el misterio de Jesús. Pero, como veremos, su declaración tiene una gran importancia. La respuesta de Cristo vuelve a ser el mandato de no decirlo a nadie. Pero a esto sigue la revelación de que el Hijo del hombre debe sufrir y morir. La expresión que la encuadra difiere de la usual para introducir estos pasajes: "comenzó a enseñarles". Aquí se añade: "claramente les hablaba de esto". Es el único pasaje en el que se da importancia al contenido de la enseñanza. Jesús deja el lenguaje metafórico y habla directamente. Y entonces sucede lo que humanamente hablando parece imposible. Dios, realmente Dios, que no puede ser comprendido por ninguna inteligencia humana ni expresado por palabras humanas y del cual hay que hablar en parábolas, se convierte en una palabra clara y abierta que sale al encuentro del hombre. Esta palabra describe el sufrimiento y la muerte. Su significado es claro: la palabra debe hacerse carne en el cuerpo del Resucitado. De otra forma no puede penetrar en el corazón del hombre.

Pero la enseñanza sola sirve de bien poco. Lo que viene a continuación muestra que este hablar abierto y sin misterios resulta totalmente incomprendido por Pedro que acaba de hacer una profesión de fe. En ello aparece una vez más la distancia abismal entre Dios y el hombre. No es posible tender un puente. Existen "las cosas de Dios", su mundo, y "las cosas de los hombres", el mundo de éstos. Y hasta el primero de los discípulos de Jesús pertenece a este mundo, no al de Dios. Nos encontramos aquí con la misma radicalidad de la contraposición juanea entre el arriba y el abajo, el espíritu y la carne, el lógos y el cosmos, Dios y Satanás. Marcos sabe que incluso el discurso revelador de Jesús pronunciado en la forma más clara y directa resulta impotente. Entonces, ¿qué es lo que se necesita?

El versículo siguiente habla del seguimiento. Esto fue lo primero que oímos después del prólogo. Allí quedó claro que el seguimiento siempre lleva consigo la precedencia de Jesús que lo posibilita con su ir delante. Él proclamó el Reino y atrajo a los hombres a los que llamaba. La iniciativa absoluta de Jesús ya aparecía claramente en 2, 14, donde el llamamiento del publicano se situaba entre las afirmaciones sobre el poder de Jesús para perdonar los pecados y el banquete de pecadores. Con este último se quería subrayar que la llamada a alguien de fuera de la comunidad no debía considerarse como un hecho aislado. De nuevo al comienzo de la segunda y tercera partes (3, 13 s; 6, 7) se vuelve a repetir que el poder de Jesús es el que posibilita el seguimiento. También quedó claro desde el comienzo que el seguimiento no suprime las dudas. La pregunta de los discípulos "¿quién es éste?" (4, 41), muestra que Dios obra en ellos, mientras que los habitantes de Nazaret, con su correcta respuesta ("¿no es acaso el carpintero, hijo de María y hermano de Santiago, José, Judas y Simón?": (6, 3) ponen de manifiesto su incredulidad, y el mismo Pedro con su contestación aún más correcta ("tú eres el Cristo") demuestra que no ha entendido nada del camino de Jesús. La repetición de lo que dice Jesús no es ya la fe, y el ir detrás de Él no es aún seguimiento (cfr 1, 37 s; 6, 1 s; 8, 13). La elección de Dios debe realizarse en una forma concreta en la vida del que ha sido escogido.

En la parte que ahora estudiamos se aclaran todos estos problemas del seguimiento. La palabra "seguir" ya no se usa en un sentido general. Ahora es el camino de la cruz el que señala el seguimiento, como indica claramente 8, 34. Solamente tras Él es posible el seguimiento en el que el hombre se libera de sí mismo y encuentra su verdadera vida (8, 35).

A este discurso abierto y claro de Jesús sigue la confirmación de Dios en la transfiguración. Lo que hasta aquí Dios decía solamente a su Hijo (1, 11) lo repite ahora a los tres escogidos y les remite a la enseñanza de Jesús (9, 7). En el versículo que precede introduce Marcos una observación sobre la incomprensión de los discípulos. Una vez más se pone de relieve que solamente un milagro de Dios puede abrir a los hombres el misterio de Jesús.

El resto de esta cuarta parte queda caracterizado por los tres anuncios de la pasión del Hijo del hombre (8, 31; 9, 31; 10, 32-34). A los tres sigue la misma incomprensión de los discípulos y una llamada al seguimiento. El material que ocupa el espacio entre estos pasajes tiende en lo esencial a mostrar en qué consiste el auténtico seguimiento. Así, por ejemplo, la historia del joven rico, que culmina en las palabras de que Dios puede lograr lo que para los hombres es imposible, sirve de transición para mostrar las promesas divinas sobre el seguimiento de los discípulos (10, 27-31). Esta intención de Marcos aparece marcada en el tercer anuncio. Comienza diciendo: "iban de camino, subiendo hacia Jerusalén" (10, 32) y concluye: "y le seguía por el camino" (10, 52). El que le sigue es otro ciego al que Jesús ha abierto los ojos. El milagro de Dios es el que hace posible el seguimiento "por el camino". En este momento se inserta el relato de la pasión.

Quinta parte (11, 1 - 16, 8): el camino doloroso del Hijo del hombre

La sucesión de acontecimientos había sido ya estructurada por la tradición anterior a Marcos. Pero lo que nos interesa son los pasajes en los que aparece la mano redactora del evangelista.

El capítulo 13 es el más difícil de juzgar. El lugar destacado que ocupa en la redacción nos hace pensar en la importancia que revestía para el redactor. Se habla allí de la Parusía. El problema radica en averiguar qué significa ésta. La tesis de Marxsen de que Marcos esperaba la Parusía en Galilea para un tiempo muy próximo me parece resquebrajarse por el hecho de que todos los anuncios de la pasión, así como 9, 9 s y 12, 18 ss, solamente apuntan a la resurrección de Jesús. Y 8, 38 pretende subrayar la urgencia del seguimiento. Además en el capítulo 13 no hay que tener en cuenta tan sólo los consejos de Marcos para un tiempo breve de espera sino también las parábolas que, puestas al fin, exhortan a una vigilancia indeterminada. La recomendación a la perseverancia en las persecuciones (vv 913) pertenece a la tradición. En cambio se debe a la mano de Marcos la necesidad de proclamar el evangelio en todo el mundo. Probablemente la referencia a la guerra judía pertenece también a la tradición; pero la formulación de los vv 14-18 expresa algo muy diferente a la huida de la comunidad cristiana hacia Pella o Galilea (como defiende Marxsen en su tesis) y los vv 21-23 separan estos sucesos del último fin. Además 14, 62 está reelaborado por Marcos uniéndolo a la negación de Pedro y, por tanto, hay que interpretarlo como 8,38. Es decir, que la espera de la Parusía del Hijo del hombre no hay que tomarla como un plazo

fijo sino que pretende subrayar la seriedad de la decisión de seguirle. El motivo fundamental del evangelio testimonia que Marcos cuenta con un tiempo intermedio en el que se anuncie el kerigma a todos los pueblos y los hombres conozcan la revelación definitiva de Dios en el seguimiento de Jesús.

Para Marcos es de decisiva importancia la revelación a los demás pueblos. Veamos, por ejemplo, 11, 17 ss. El pasaje está construido con terminología de Marcos. De nuevo describe a Jesús "enseñando" en Jerusalén. Y se repite que "toda la gente estaba asombrada de su doctrina". Como al comienzo (3, 6), vuelve a citarse la determinación de matarle, que representa el rechazo definitivo por parte de las autoridades judías. A esto ha precedido la purificación del templo en la que, según Marcos, es abolida definitivamente la singularidad del mismo ya que Jesús se separa drásticamente de aquellos a quienes llama "vosotros": "vosotros la habéis hecho cueva de bandidos". La voluntad de Dios no había sido convertir el templo en una mansión para el culto judío sino en un lugar de oración para todos *los pueblos*. Dios no pide la observancia obediente de los mandamientos, accesible tan solo a un grupo reducido de rigurosos legalistas, sino que abre a todos los pueblos la posibilidad de una adoración sin ley. Esta perícopa está encuadrada por la maldición de la higuera y su cumplimiento efectivo. El lugar privilegiado de Israel ha terminado. Lo mismo que en 3, 6 a esta superación de la ley sigue aquí también la determinación de darle muerte. Las afirmaciones sobre la abolición de la ley y sobre la revelación a todos los pueblos quedan enmarcadas por el camino hacia la cruz que sus discípulos no entienden. La cruz es el fin de la ley y el comienzo de la misión a los pueblos.

Otro pasaje interesante a este respecto es 12, 9. La parábola de los viñadores inicuos muestra que la conducta de Israel no era propiamente obediencia sino repulsa. La conclusión del v 9 enseña el traspaso de la salvación a los demás pueblos.

En 13, 10 vuelve a hablar Marcos de la predicación del evangelio a los pueblos. En igual forma a las cartas paulinas y postpaulinas, el apremio del mundo por la misión de la Iglesia se entiende aquí como la versión auténtica del acontecimiento escatológico. Es evidente que esta actitud compite con la esperanza apocalíptica en un próximo fin. Marcos soluciona el problema mediante un *pròton*: "es preciso que antes sea proclamada la Buena Nueva a todas las naciones". Con ello quiere dejar claro que, para él, la historia no tiene el carácter de mera profecía sino que se ha convertido ya en camino de Dios hacia su meta.

El último pasaje que queremos recordar está en conexión con la crucifixión. Los que se burlan de Jesús toman pie de sus palabras sobre la destrucción del templo y le increpan porque no se han cumplido. Pero en el momento de su muerte se desgarran la cortina del templo y el pagano que ha dirigido la ejecución exclama: "Verdaderamente e s t e hombre era Hijo de Dios" (15, 39). Nótese que recoge el título con el que se sella desde el comienzo el segundo evangelio. No son los teólogos ni los hombres de Iglesia sino el pagano, el hombre de mundo, aquel que está donde no pueden entrar los que tienen las manos limpias, es él y no los otros el primero en reconocer lo que allí ha ocurrido.

Así pues el título de Hijo de Dios que en 1, 11 fue participado por el Padre al Hijo como un misterio intradivino -de cuyo conocimiento daban cuenta los demonios en 3, 11 y 5, 7-, que más adelante fue revelado a los tres discípulos, después de haberles recomendado Jesús una confianza perseverante (*parresía*) en su pasión, y que

finalmente Jesús había aceptado bajo juramento ante el sumo sacerdote interpretándolo desde el punto de vista del Hijo del hombre, este título vuelve a aparecer al fin del evangelio. Y el primer hombre que lo confiesa abiertamente es un pagano.

Esta última parte que estamos analizando contiene también las deserciones de los discípulos. La última cena está encuadrada entre la indicación de la traición de Judas (14, 19-21) y la de la huida de los discípulos y negación de Pedro (14, 26-31). En cierto modo esto es lo que constituye el sermón de despedida en el evangelio de Marcos. La cena es algo así como la provisión para el viaje de los desertores. Sigue el sueño en Getsemaní, la huida (14, 37-50) y la negación de Pedro (14, 53-72). Y al final, nos encontramos con la incredulidad de las mujeres ante el sepulcro vacío (16, 8).

Todo ello nos indica que también se aplica a los discípulos el que solamente hay uno que puede salvarles. No se pueden separar de modo simplista mundo e Iglesia, ateos y fieles. Unos y otros sólo pueden rendirse ante la obra de Dios. Dijimos, al comenzar la cuarta parte, que al anuncio del camino doloroso de Jesús (8, 31.34) se añadía una llamada a su seguimiento. A su vez, el cierre de dicha parte lo formaba el milagro por el que Jesús abre los ojos del ciego y el gesto de éste siguiéndole "por el camino" hacia Jerusalén (10, 52). Este mismo esquema es el que aparece aquí también. Al anuncio de la traición de Judas y de la deserción de los discípulos añade Marcos la promesa de que Jesús, después de la resurrección, les precederá en Galilea (14, 28). Y cuando la pasión se ha cumplido no sólo se oye la confesión del centurión sino que aparecen las mujeres que le habían servido en Galilea y le habían "seguido" acompañándole hasta Jerusalén (15, 41). Ellas serán los primeros testigos del sepulcro vacío. En la mañana de Pascua un ángel les comunicará que el viviente ya no está entre los muertos. A los discípulos que huyeron y en especial a Pedro, que le negó, se les participa una nueva promesa: que el Resucitado les precederá en Galilea y que ellos le verán si le siguen hacia allí (16, 6 s). De esta manera, en las apariciones del Resucitado en Galilea, que constituían el primitivo final del evangelio de Marcos, se cumple lo que ya había sido anticipado en 9, 9: a saber, que la revelación de Dios se realiza en el seguimiento de los discípulos.

Conclusión

Marcos nos presenta el evangelio de la increíble condescendencia y amor de Dios que en Jesús busca al mundo. Pero éste está tan cegado que no puede reconocerle aunque Dios hace todo lo posible para que le encuentre. Por ello la palabra debe hacerse carne. Dios debe entrar en solidaridad plena con los hombres. Y lo hace en una forma tan radical como aparece en el impresionante y sobrio relato de Marcos sobre la crucifixión. El esconderse de Dios llega al máximo: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Y dando una gran voz, expiró". Esto sólo puede ser entendido y creído en el seguimiento (en el que los discípulos se dejan arrastrar por el Dios que sale a su encuentro y paso a paso caminan tras Jesús). Este ocultamiento radical de Dios, que solamente se abre al que le sigue, queda expresado en el "secreto mesiánico" que Marcos une cuatro veces al término redaccional "les mandó imperiosamente" (*diastéllesthai*). Un pagano, un par de mujeres, un medio creyente marginado, son los signos de que el milagro del seguimiento se ha realizado realmente y de que la revelación de Dios ha alcanzado su meta. Éstos y los discípulos, a quienes Jesús - después de haber sido abandonado por ellos- reúne en Galilea, apuntan al milagro de la

futura comunidad a la que el Resucitado llamará a una nueva vida y enviará con una misión al mundo.

Notas:

¹ El autor --reconocida autoridad en lo que al evangelio de Marcos se refiere-- ha publicado posteriormente una obra sobre el tema: «Das Evangelium nach Markus». Gröttingen 1/7 (N. del E.).

Tradujo y condensó: RAMIRO REIG